



Decorado para una representación teatral en la época de Calderón

jer como lo sea la Jimena de Vélez de Guevara, y en modo alguno menos que haya podido serlo cualquier aportación ulterior del teatro psicológico.

En cuanto a la censura de los autos en el siglo XVIII, esto merece párrafo aparte, pues que aquí no interviene sólo el acierto, mayor o menor, de un criterio veraz y solvente. Interviene quizá la buena y la mala fe, y ello debe obligarnos a aguzar el oído y parar el paso. Lo peregrino es que esa «campana», encaminada a prohibir la representación de los autos, aunque se llevó a cabo por hombres de poca fe en general, no se apoyaba siempre en un criterio antirreligioso. Por el contrario, pretendía hacerse fuerte en nombre de un criterio depurador. Y, como tantas veces, sucedió que la buena fe de algunos vino a insertarse después en la brecha abierta por la mala fe de los iniciadores. Habría alguna irreverencia en los autos, y más aún que en ellos mismos, en las defectuosas representaciones al uso o en la degeneración a que los imitadores de Calderón dieron lugar. Es cierto; mas ello no bastaba a justificar la furia iconoclasta. Parker opone a los reformadores de entonces las palabras del propio Calderón, previsor y católico, cuando escribe: «Pues si en trancos—permite que le veneren—y a un leño que signifique—su Majestad le consiente,—¿qué criatura hay más noble—que el hombre?...» Que con esto salía al paso de los que no habían de ver en el actor sino un «Cristo peinado de ala de pichón».

Cuando se suprimieron los autos se acabó el teatro. No era, pues, ésa la raíz del mal. El mal estaba en las ramas; pero el podador quería cercenar por el pie el árbol y no se conformaba con hacer leña.

En el caso de los autos, sucedió que, en tanto los unos pretendían que se suprimiesen lo que en ellos hubiera de irreverencia y hasta de sacrilegio, los otros pretendían, en tan provechosa coyuntura, acabar con la obra misma y con el contenido vivo, aunque turbio a veces, que aportaba.

Es fácil la tarea del iconoclasta. Cuando subraya la fealdad de algunas imágenes no ha de faltarle el apoyo de los creyentes de depurado gusto. Mas hay que saber con qué se sustituye la gravedad de un arte tan denso, y no será, ciertamente, con otro insípido e indiferente. La esencia de las cosas —y la pureza de ellas, esto es, de la cosa en sí, o mera cosa— es falta de sustancia. En el caso de Calderón se suprimen los autos, mas lo que viene luego es un teatro inexistente por falta de materia poética y religiosa.

Importa llamar la atención sobre este contenido real del teatro calderoniano, por lo mismo que ha sido siempre arrebatado en el panegírico de los críticos más idealistas.

Y ahora, cuando tanto se habla en todas partes de un retorno a Calderón, es frecuente invocar el entusiasmo de los románticos alemanes, los cuales acertaron, en efecto, a reanimar un culto que había sido postergado por los afrancesados del siglo XVIII. Mas sí, como dice José María de Cossío al comentar la comedia *Todo amor es silogismo*, en Calderón la dramática se resuelve en su obra con precisión y frialdad mecánica «y no con el desorden propio de la naturaleza humana, rotos los frenos en tales trances», ocurre preguntar cómo es que la revalorización de ese teatro durante el siglo pasado fué debida justamente a los escritores románticos. Respondamos que la razón no es otra quizá sino que los románticos gustaron muy especialmente de los autos dentro de toda la obra dramática de Calderón. Habría que sumar a los elogios del romanticismo alemán el dítirambo de otros escritores del



Una escena de «La vida es sueño»

siglo XIX, anglosajones, y entre ellos el crítico norteamericano James Russell Lowell, por ejemplo.

Desde entonces, la crítica, dentro y fuera de España, se ha dedicado especialmente a remover el campo donde alumbran las fuentes en que pudo beber Calderón. También lo hace Parker, pues si su libro no es completo, tampoco se reduce a una apología de carácter polémico. Mas se limita a las lecturas teológicas de nuestro dramaturgo, y por eso es natural que tras ellas descubra a Santo Tomás o a San Agustín. También interesa poner de relieve hasta qué punto es genuinamente español Calderón, como es evidente el universalismo de su ortodoxia católica. Y esas fuentes cuyas hallan manantial en profundo hontanar. Véase cómo brota dondequiera, y cómo surge, de súbito, el alma calderoniana. En Peralta se canta una jota, recogida, con variantes, por José María Iribarren:

*Encontré una calavera  
con una mancha en la frente,  
que la afrenta de la honra  
no la quita ni la muerte.*